



Rafael Ramos Pedrueza

“Rafael Ramos Pedrueza”

p. 331-368

Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)

Álvaro Matute Aguirre (selección de textos, prólogo y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/Fondo de Cultura
Económica

1999

480 p.

(Sección Obras de Historia)

ISBN 968-16-5584-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/364/pensamiento_historiografico.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



RAFAEL RAMOS PEDRUEZA

SUGERENCIAS REVOLUCIONARIAS PARA LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

LA IMPORTANCIA del estudio de la historia crece a medida que la evolución social se acelera. Influye extraordinariamente en la concepción del mundo y de la estructura social. El movimiento más profundo que ha sacudido a la humanidad es la revolución rusa, generada por la teoría económica de Carlos Marx, que tiene por médula el materialismo histórico. Las agitaciones que provocan las revoluciones de Inglaterra a fines del siglo xvii, de Francia a fines del xviii, y de la independencia de América a principios del xix tuvieron su génesis en los antecedentes históricos de grupos oprimidos y explotados, ávidos de emancipación.

La historia ejerce una acción cultural profunda, con el doble carácter de ciencia y de arte; ciencia, porque está construida con un conjunto de verdades coordinadas, cuya finalidad es exponer el pasado. La construcción histórica, con ciencias y elementos auxiliares, más eficientes a medida que avanza el progreso industrial, se depura de falsedades y adquiere la categoría de ciencia positiva.

La geografía, arqueología, paleografía, numismática, heráldica, epigrafía (actualmente cinematografía), son crisoles de donde surgen las verdades históricas, exentas de sospechas. Por esto deben complementarse las cátedras en las aulas, con proyecciones y visitas a museos y lugares históricos. (Las polémicas entre alumnos son de grande utilidad.)

La historia es el prólogo de las ciencias sociales y jurídicas, que no pueden asimilarse sin su conocimiento.

Su estudio constituye una fecunda disciplina educativa: orienta el criterio, rectifica o afirma la vocación, fortifica la voluntad, desarrolla la conciencia individual en su función de célula de la conciencia colectiva. Sabios y artistas encontraron su verdadera

vocación, gracias al conocimiento de la historia. Estadistas ilustres realizaron altas misiones y pudieron gobernar eficientemente por su erudición histórica. Pensadores y filósofos debieron al estudio de la historia la autorrevelación de su potencia intelectual.

Arte porque toda exposición histórica requiere diafanidad que transparente su perspectiva. Imposible evocar epopeyas y tragedias en estilo deforme carente de colorido y pureza. El artista es creador. El historiógrafo, reconstructor. La exposición histórica constituye uno de los aspectos más interesantes del arte literario.

El conocimiento del pasado es manantial de inspiración artística; estimula temperamentos sensitivos y emociones estéticas. Los arquitectos han construido bellos monumentos rememorando personajes y hechos históricos. Los escultores y pintores han reconstruido, con relieve y color, cuerpos humanos y escenas acaecidas a través de los años y los siglos. El arte cinematográfico plasma, frecuentemente, asuntos históricos. Los músicos han perpetuado, con ritmos y melodías, cantos populares, himnos nacionales, resonancias de acciones y épocas pretéritas. Los poetas y prosadores han resucitado seres y reconstruido acontecimientos extraídos de la historia. Los poemas homéricos, las tragedias helénicas y shakespearianas, los versos y novelas de Hugo, Gautier, Flaubert, Pierre Louis, Walter Scott, Tolstoi, reconstruyen pueblos y naciones que sólo viven en la historia.

La imparcialidad absoluta en esta ciencia es imposible. La adhesión, revolucionaria o conservadora, se manifiesta no solamente en la interpretación de los hechos, sino en su selección. Puede, sin alterarse una parte de la verdad histórica, descubrirse uno o varios acontecimientos, cuya exposición favorece determinada finalidad, ocultándose otros contrarios a ella. La selección de los hechos históricos no altera la historia, pero influye poderosamente en su interpretación.

En estos tiempos, en que agoniza el régimen capitalista y nace el sistema socialista, la imparcialidad histórica es una utopía. Al interpretar la historia se retiene el pasado o se plasma el porvenir. Se está con la reacción o con la revolución. Si se quiere colaborar en la obra revolucionaria, precisa sustentar la enseñanza de la historia basada en su interpretación económica (materialismo histórico). En este caso se deberá expresar, con audacia y resolución, la finalidad económica como principal origen y realización de

los más trascendentes acontecimientos, aun cuando esa finalidad se disfrace bajo la apariencia de ideales desinteresados.

Es indispensable prologar un texto, curso o estudio de historia evocando los cuatro grandes periodos por los que atravesó la humanidad en el viejo mundo (cavernario, pastoril, agrícola, industrial), refiriéndose esencialmente al modo de producción y a sus consecuencias filosóficas, religiosas, políticas y sociales.

Complementando el postulado anterior, se hará referencia a la producción durante las edades de la piedra y de los metales. Tratándose de la historia de América, se hará resaltar la circunstancia de que sus pueblos, durante el periodo prehispánico, saltaron del primer al tercer periodo, sin pasar por el segundo, porque no había ganados y los hombres realizaban las faenas de las bestias de carga y de tiro, careciendo de su carne y leche para nutrirse y de sus pieles para abrigarse, demostrándose que esta carencia obstaculizó la producción y facilitó la conquista española. (Los conquistadores usaron caballería en sus maniobras militares, causando sorpresa y terror en los indios.)

Enorme influencia ejerció en la conquista la circunstancia de encontrarse los conquistadores en la edad de los metales, y los conquistados en la de la piedra labrada; éstos no aplicaron los metales a la industria, sino a la orfebrería.

Entre los postulados históricos de mayor trascendencia se hará resaltar el fracaso de las religiones respecto al progreso moral de los pueblos. Odios, codicias, crímenes y explotaciones no han disminuido con los cultos religiosos; han aumentado; en las épocas de intenso misticismo la intransigencia y las pasiones han sido más crueles y las guerras religiosas más sanguinarias. A la vez, la alianza entre las castas sacerdotales y las otras explotadoras se afirma, encontrándose las masas productoras en angustiosas condiciones económicas. Los procedimientos represores han variado; su potencialidad se ha multiplicado. Las guerras contemporáneas comprueban la enormidad de las fuerzas homicidas. Las religiones exaltan el anhelo de un goce infinito y eterno y el terror por un sufrimiento infinito y eterno también. No impulsan hacia el bien por el bien mismo, desinteresadamente. No previenen rechazar el mal por la sola finalidad de cumplir con el deber. Ese anhelo y ese terror han provocado desequilibrios, histerias, demencias, causando graves males a las sociedades. Entre los

preceptos religiosos y los actos de quienes profesan esas religiones, el contraste es inmenso y decepcionante. Por excepción (confirmando la generalidad), el acto y el pensamiento se acercan alguna vez.

El ansia de rebeldía de los pueblos destrozados, torturados, explotados, no puede satisfacerse mientras existan religiones que confieran a sus sacerdotes jerarquía superior y carácter parasitario sobre las multitudes productoras, basándose tales privilegios en la infalibilidad de los dogmas. La rebeldía heroica, lúcida, definitiva, no llegará mientras la vida se considere como lugar de prueba perentoria, que habrá de conducir al eterno paraíso o al infierno eterno. Por lo mismo, la virtud más alta para llegar al primero, o salvarse del segundo, será la resignación ante todas las injusticias y todas las iniquidades, renunciando al derecho de aniquilarlas. Para que la rebelión proletaria estalle, precisa la convicción de que esa vida es la única y de que es un derecho y un deber vivirla plenamente, con la mayor libertad y felicidad posibles, sin más limitación que el daño a la colectividad. Cuando lo anterior se asimile a la conciencia proletaria, los crímenes del capitalismo internacional serán castigados con el aniquilamiento de ese régimen, basado en la explotación del hombre por el hombre y que condena al martirio a enormes masas laboriosas, para proporcionar opulencia a una minoría insignificante y parasitaria.

Al evocar el pasado se debe exhibir la verdad absoluta, sin timideces ni disfraces, sobre los orígenes de movimientos trascendentales que han sido velados o callados por la historia teocrática, feudal y burguesa. En la Edad Antigua se exhibía la espantosa crueldad del régimen de la esclavitud, comprobándose que inmensas multitudes trabajaban en las ciudades y en los campos, material e intelectualmente, para que grupos muy pequeños gozaran de una vida suntuosa, gobernando, combatiendo, saboreando placeres científicos y artísticos, entregándose a los deportes, a las orgías y a los refinamientos, en tanto que toda la producción material y mental se realizaba por los esclavos, a quienes se martirizaba y asesinaba, sin contraer responsabilidad ante la moral y la ley. Se debe también exponer la médula de la Edad Antigua en el Viejo Mundo. Esclavitud, desde el punto de vista de la economía. Politeísmo, desde el punto de vista religioso. Teocracia, desde

el punto de vista político. (Seis milenios de mentira y de iniquidad.) Las formidables guerras entre pobres y ricos acaecidas en Grecia. La situación de los ilotas en Esparta, explotados por el pequeño grupo de ciudadanos. Las leyes de liberación económica de Licurgo, falseadas por los historiadores burgueses. La ferocidad del imperio romano; su militarismo brutal; su imperialismo insaciable; la vanidad y corrupción de sus directores, la degeneración de las masas; el derecho inicuo de los padres para disponer de la vida, de la inteligencia y de los sentimientos de sus hijos. Deben reconstruirse las heroicas rebeliones de los esclavos, particularmente las de Euno y Espartaco. La revolución agraria, dirigida por los hermanos Graco. La decadencia de Roma por los latifundios. La desmembración de su imperio al choque de los pueblos que lo sostenían.

En la Edad Media deberá exponerse, en toda su rudeza, el régimen feudal; la brutalidad e ignorancia de los señores; su absoluta falta de escrúpulos para golpear, mutilar, torturar y asesinar a sus vasallos por causas insignificantes; el infame derecho de pernada, la explotación continua de los siervos y villanos; la resistencia criminal a todo progreso político y social dentro de los feudos; la oposición tenaz a la liberación de las ciudades; el falso concepto del honor; la tiranía sobre la mujer y los hijos; la codicia insaciable; la falta absoluta de todo sentimiento de justicia. La producción en la Edad Media fue realizada por siervos y villanos. Los señores jamás trabajaron. La economía fue feudataria. El aspecto religioso fue el monoteísmo (cristianismo en Occidente; islamismo en Oriente). El aspecto político fue el régimen feudal, apoyado por las bandas armadas (bandoleros) de los nobles, luchando constantemente por el predominio de tierras y castillos, aunque a veces se reunieron para disputar honores y riquezas a los reyes emperadores.

La verdadera finalidad de las Cruzadas fue apoderarse de las riquezas y del comercio del Oriente, consumándose saqueos, incendios y matanzas de pueblos musulmanes y encubriéndose esos crímenes con el ideal de conquistar el Santo Sepulcro.

La Edad Moderna se abre con el Renacimiento; florecer intelectual de admirable fecundidad. La toma de Constantinopla (Bizancio) por los turcos es una de las primeras manifestaciones del Renacimiento, por el visible cambio de las fuerzas que lucharon



entre el Oriente y el Occidente y por la influencia histórica extraordinaria que esa ciudad y el poderío turco ejercieron en los límites de Asia y de Europa. Los descubrimientos científicos y geográficos, entre éstos el de América y del verdadero camino para las Indias Orientales, son frutos del árbol renacentista. La transformación de la filosofía, particularmente de Bacon y Descartes, es floración del Renacimiento. El ensanchamiento del mundo físico que se conocía y del pensamiento antes cercado por errores y prejuicios, son resultados de ese gran movimiento iniciado en el siglo xv. El desarrollo rápido de las ciencias y de las artes fue inmenso. Las verdades científicas al servicio de la humanidad, despedazando dogmas, crearon la ciencia positiva, la experimental, cuyos postulados pueden comprobarse en los laboratorios. El arte, palpitante de realismo, comenzó a reflejar la vida de las multitudes, con sus angustias y sus aspiraciones. El descubrimiento de la imprenta, multiplicando ediciones de la Biblia, puso ésta al alcance de las muchedumbres, cuando su lectura sólo era patrimonio de iniciados. De esa prodigalidad surgió la reforma religiosa, que a su vez tuvo por repercusión la revolución de 1648 en Inglaterra, la que inició el ascenso al poder de la burguesía, después de la ejecución de Carlos I. Ese movimiento revolucionario tuvo a su vez como consecuencias el nacimiento del proletariado inglés y la incubación, por contagio, de la Revolución francesa, que, aunque nacional, contribuyó al decaimiento de la realeza y de la nobleza en todas las naciones.

La reforma religiosa, la toma del poder por la burguesía revolucionaria, la libertad de pensamiento y de conciencia, el predominio de la razón sobre dogmas y fanatismos, han sido los gérmenes de las grandes ideas revolucionarias contemporáneas, por lo que no es aventurado afirmar que las democracias del siglo xix, el liberalismo clásico y posteriormente las doctrinas sociales, anarquistas y comunistas, son también frutos del Renacimiento. La agitación actual que en el mundo entero se observa, las formidables crisis económicas, el fuerte impulso antirreligioso, el nacimiento de una nueva conciencia y de una nueva moral, tienen sus raíces en el gran movimiento renacentista.

En todo estudio histórico contemporáneo deben hacerse resaltar esas tendencias y circunstancias, demostrándose que, debido a la producción y organización realizadas por el proletariado

—aspecto económico—, se debilitan las creencias místicas —aspecto religioso— y el viejo y tenaz ideal monárquico es sustituido por el republicano —aspecto político—.

Toda elaboración de historia moderna debe diseccionar la inquietud presente: la condición dramática de los países coloniales y semicoloniales explotados inicualemente; las contradicciones incesantes entre las literaturas oficiales y las realidades cotidianas; la mentira de la llamada civilización occidental y cristiana; los crímenes del capitalismo, torturando y asesinando en masa al proletariado cada vez que se resiste a la esclavitud moderna del salario miserable y de la falta de trabajo. La renuencia a poner en vigor descubrimientos científicos que benefician a la humanidad, pero que restan ganancias a los industriales. La destrucción de artículos alimenticios, para sostener su alto precio, provocando el hambre de millones de desocupados, por superproducción. Todo el histrionismo, que caracteriza a la burguesía en el poder durante nuestros días, debe exhibirse valerosamente, presentándose en toda su desnudez y barbarie los grandes crímenes que perpetra en nombre de las patrias, particularmente la Guerra Mundial de 1914-1918, que costó diez millones de vidas sacrificadas, veinte millones de mutilados, ciegos y enfermos, y cifras astronómicas de industrias destruidas, enriqueciendo, en cambio, fabulosamente a los industriales de la guerra. Las traiciones a sus propias nacionalidades, encubiertas por gobiernos espléndidamente gratificados, deberán también exhibirse, como la Internacional Sangrienta de los Armamentos, o sea la venta, a gobiernos enemigos, de armas y municiones de guerra, por conducto de países neutrales, sacrificándose a millones de combatientes y obteniéndose fabulosas ganancias, de las que se reserva una parte para propinas a funcionarios que imponen condecoraciones (la Cruz de la Legión de Honor, la Cruz de Hierro, del Mérito Militar, etcétera) a traidores y asesinos de pueblos, enriquecidos a costa de cataratas de sangre de sus compatriotas.

La caída de los grandes imperios, de Rusia, de Alemania y de Austria, se expondrá como consecuencia de la rebelión de las masas y la transformación de esas monarquías en repúblicas. La injusticia del Tratado de Versalles, elaborado para el reparto del mundo entre las grandes potencias, debe también expresarse. La gran rebelión rusa, iniciando la transformación del régi-

men capitalista en socialista, bajo la dictadura del proletariado, sustituyendo la explotación del hombre por el hombre, por la explotación de las máquinas por la humanidad, se expondrá y comentará, comprobándose que la Unión Soviética es actualmente el baluarte del socialismo y la muralla inconmovible contra los imperialismos capitalistas. Se debe comentar la Constitución Política de la Unión Soviética, comparándola con la de los países burgueses, estudiándose las condiciones en que se encuentran las clases productoras de ambos regímenes. Sólo existen dictaduras en el mundo: la recia del proletariado en la Unión Soviética y las capitalistas con los nombres de monarquías constitucionales y repúblicas en las naciones imperialistas, cuyo verdadero poder invisible está integrado por los terratenientes, industriales y banqueros, a cuyo servicio fingen gobernar los funcionarios de alta categoría (reyes, presidentes, ministros, diputados y magistrados). Fuera de la Unión Soviética y de las naciones imperialistas, quedan colonias y semicolonias, por carecer de propia economía.

En los textos de historia general no se expone (o se pasa sobre ascuas) la historia del movimiento obrero internacional. Es un deber exponerlo con claridad, particularmente la actuación obrera, apoyando a la pequeña contra la grande burguesía en la Revolución francesa. Sus jornadas durante la revolución de 1848, en varios países (Francia con especialidad). Su labor en la Primera Internacional de trabajadores. Su heroísmo en la Comuna de París. Su situación durante el desarrollo del capitalismo industrial y la penetración imperialista. Su martirio en la Guerra Mundial. Su participación en la Segunda y Tercera Internacionales y su obra gigantesca en las revoluciones de Alemania, Hungría y Rusia soviética. Las luchas de clases contemporáneas y sus resultados deben expresarse y comentarse con precisión. Las internacionales sindicales de Amsterdam y Moscú; los movimientos revolucionarios de China, India y de los países coloniales de América. En general, las condiciones de las masas obreras en el mundo (actividades económicas —sindicatos, cooperativas— y partidos políticos) deben ser ampliamente conocidas por los alumnos.

La historia de México debe enseñarse con un criterio fuertemente revolucionario. Igual influencia que la existente en el viejo

mundo, ejercida por el modo de producción sobre las instituciones. En la Edad Antigua la producción se realiza por los esclavos (aspecto económico). Las creencias son politeístas (aspecto religioso). Los gobiernos son teocráticos (aspecto político).

En la Edad Media la producción es realizada por los peones, barreteros y artesanos, encontrándose en condiciones semejantes a los siervos y villanos (aspecto económico). La creencia es monoteísta, cristiana (aspecto religioso). El gobierno virreinal, con oidores, intendentes y alcaldes, al servicio oficial del rey, pero de una manera real y efectiva, al de latifundistas y dueños de minas (peninsulares), tiene grandes afinidades con el feudalismo europeo (aspecto político).

En la Edad Moderna la producción se efectúa por los asalariados (aspecto económico). Las creencias místicas decaen, sustituidas por la libertad del pensamiento (aspecto religioso). El gobierno es republicano (aspecto político). Allí, como aquí, las leyes históricas son las mismas. La modalidad de la producción regula las instituciones económicas, religiosas y políticas. Las edades varían en extensión y fechas, pero la médula de cada una tiene semejanzas indiscutibles entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

Las primitivas culturas deben ser exhibidas en todo el esplendor que historiadores partidarios de la conquista española han velado. El poderoso dominio de las artes plásticas, arquitectura, escultura y pintura de los pueblos mayaquichés, que dejaron ruinas de magníficos templos, soberbios palacios y bellos edificios, comparables a las del mundo antiguo, descuidadas por el desprecio con que los mexicanos vemos nuestras grandezas, deben mostrarse a los estudiantes de esta materia, prodigando la impresión gráfica, por medio de joyas arqueológicas y grandes fotografías, existentes en el Museo Nacional de Historia. La sabia legislación del pueblo tolteca, plena de sabiduría y justicia, debe también pormenorizarse y comentarse, poniéndose de relieve la misión de ese pueblo educador de todos los del Anáhuac. La austeridad y laboriosidad de los toltecas, que dieron a esa palabra el valor de grandes virtudes y merecimientos, será objeto de interés en un texto de historia de México. La rápida transformación del pueblo chichimeca, de nómada o bárbaro en fijo y civilizado, deberá expresarse, admirándose su rapidez y flexibilidad para adaptarse, sin gran esfuerzo, a una cultura superior, cambiando

sus costumbres, su indumentaria, su capital y hasta su idioma, construyendo ciudades tan cultas y bellas como Texcoco, llamada por los conquistadores la Atenas de Anáhuac. Las personalidades de sus reyes, especialmente Nezahualcóyotl y Nezahualpilli, sabios, prudentes y justicieros, debe ser motivo de amplia exposición. Las leyes del primero, que ordenaban, entre otras cosas, no sentarse a comer los soberanos e intendentes hasta que los pobres, carentes de trabajo, les acompañasen a la mesa, deben ser conocidas. La organización de los trabajadores —por oficios y profesiones— demuestra la atención y estimación que Nezahualcóyotl prodigó a la clase productora.

En general, las facultades y cualidades de los pueblos prehispánicos deben ser ampliamente expuestas, y de un modo particularísimo la austeridad y elevación moral del pueblo azteca; su ausencia de vicios, su extraordinaria limpieza, su honradez absoluta, su desprecio por las riquezas, la circunstancia de ser excepcionales el robo, el asesinato y el suicidio, y de imponerse en la mayoría de esos pueblos un castigo mucho mayor, por igual delito, cuando el culpable era un alto personaje (príncipe, sacerdote, magistrado o jefe militar) que cuando era un humilde trabajador, considerándosele más responsable por tener mayor conciencia y ser más perjudicial su ejemplo, así como no considerarse hurto el tomar una cuantas mazorcas de maíz o un puñado de frijol para aplacar el hambre, castigándose, en cambio, con gran severidad el robo de objetos sagrados y joyas, para satisfacer ambiciones y vanidades, podrán comprobar que la cultura de esos pueblos, desde el punto de vista moral, era superior a la traída por los conquistadores, porque ésta conservaba el carácter semi-bárbaro del feudalismo. (En la legislación hispánica se autorizaban la muerte, tortura, mutilación, azotes y penas infamantes, aplicándose con gran severidad.)

Al exponerse el descubrimiento de América y sus consecuencias, las exploraciones y conquistas, se hará un juicio sobre las responsabilidades y crímenes cometidos en nombre del cristianismo, para satisfacer codicias y lujurias. El asesinato de 15 millones de indios, entre ellos mujeres y niños, en sólo 40 años, perpetrado fríamente por los conquistadores, según afirma fray Bartolomé de las Casas; los martirios y atropellos de que fueron víctimas los pobladores de estas tierras, y las crueldades y ambi-

ciones de los conquistadores, deben ponerse de relieve sin por ello atacar al pueblo español, integrado por explotados trabajadores, que ninguna responsabilidad tuvieron en la barbarie conquistadora y que en nada se beneficiaron con el oro de la Nueva España, ni del Perú, que hizo más esplendorosa la vida de los reyes, de los nobles y de los grandes comerciantes peninsulares.

En la conquista tuvieron participación importante los caballos, desconocidos por los indios, quienes juzgaban un solo ser sobrehumano al caballo y al jinete, admirándose al verlos separarse por el desmonte, volviendo a constituir una sola pieza cuando el jinete montaba nuevamente. La producción industrial influyó decisivamente en la conquista; las armas de fuego herían la imaginación indígena, sobrecogiéndolo de pavor a los combatientes, particularmente en las noches, cuando el fogonazo semejava el relámpago; la detonación, el trueno, y los daños causados por cañones y arcabuces evocaban la destructora fuerza del rayo. Las armaduras y cascos inmunizaban a los guerreros castellanos, a quienes llegaban sin herir las piedras y las flechas. Los aztecas creían combatir con semidioses; por esto su grandeza moral es ejemplificadora; no les importó nunca que los combates fuesen de hombres contra dioses, sino la justicia de la causa que defendían.

En tanto que los castellanos se encontraban en plena edad de hierro y usaban armas de fuego, los aborígenes se encontraban en la edad de la piedra labrada, estando más atrasados desde el punto de vista industrial; conocían los metales, aunque aplicados únicamente a la orfebrería, nunca a las herramientas y armas. Si la conquista se hubiese retardado, quizás hubiera sido imposible consumarla, porque los habitantes de América, conocedores de los metales aplicados a la industria, habrían sido invencibles; comenzaban a manejar el cobre y es muy probable que conociesen el estaño, y aliando ambos, el bronce. También es de advertirse que los aztecas, dominando a todos los pueblos vecinos, marchaban de norte a sur y que las avanzadas del ejército de Moctezuma II habían llegado hasta Guatemala y exploraban las selvas de Nicaragua; un poco más de tiempo y habrían llegado hasta el Istmo de Panamá. Por otra parte, los incas avanzaban de sur a norte; dominaban el reino de Quito y sus exploradores se internaban en Colombia; con el transcurso de algunos años los dos grandes imperios del Continente Americano, el azteca y el inca,

se habrían encontrado y uno de los dos habría dominado, realizando la unidad continental, o bien las fuerzas se habrían equilibrado y el continente habría quedado dividido en dos grandes imperios, entre los que habría habido intercambio de ideas, instituciones y comercio, engrandeciéndose, en todo caso, haciendo imposible, o por lo menos muy difícil, la conquista europea.

Es indispensable hacer un juicio sobre los conquistadores, recordando que Cortés es el único que tenía cierta cultura, pues Pizarro, “el Porquerizo de Trujillo”, no sabía leer y, en general, todos ellos eran hombres rudos, crueles, viciosos y de insaciable codicia.

La conquista española en América, como todas las conquistas, fue un espléndido negocio para los reyes y los nobles de la metrópoli, a quienes las riquezas del Nuevo Mundo proporcionaban vida magnífica; fue también de resultados productivos para los comerciantes que traficaban con las colonias. Fue muy especialmente medio de lucro en alta escala para los peninsulares venidos a América y para sus descendientes, vinculados por mayorazgos. El pueblo español, formado por trabajadores, gañanes y artesanos, vivió tan pobremente como los indios y los mestizos de América. La propiedad de la tierra siguió algunas modalidades semejantes a la que tenía antes de la conquista: el rey de España, semejante al emperador azteca, era el propietario de los territorios conquistados, entregando, como suntuosas limosnas, las mercedes reales o tierras realengas, para sus servidores, obsequiándolas unas veces y concediéndolas otras, mediante sumas relativamente insignificantes y a plazos prolongados. Donaba también los ejidos y los fundos legales para los pueblos; pero conservó siempre el derecho de primer propietario con facultades para castigar a quienes en su concepto lo merecían, quitándoles las tierras con cuyo cultivo se enriquecían los grandes latifundistas o vivían humildemente los habitantes de pueblecillos y rancherías. Antes de la conquista las tierras pertenecían, en primer término, al rey, y, posteriormente, al ejército, a los sacerdotes, a la nobleza en general, quedando las raquílicas porciones de los *calpulli* y *calpulalli* para los más humildes campesinos. Durante el coloniaje, en lugar del ejército armado, las tierras fueron para el ejército de peninsulares, y en vez de pertenecer a los sacerdotes paganos, pertenecieron al clero católico, acaparador

principal de haciendas y edificios. Los *calpulli* y *calpulalli* tenían semejanza con los fundos legales y ejidos. La llamada civilización, cristiano-hispánica, no llegó a las capas inferiores de los pueblos coloniales. Las ciencias y las artes sólo desarrollaron la intelectualidad de peninsulares y criollos ricos. Los “civilizadores” ni siquiera enseñaron a leer a los indios y mestizos en los 300 años que dominaron la América española. La pena de muerte para los hombres, mujeres y adolescentes y las matanzas de indios y negros fueron procedimientos usuales. El tormento, los azotes, las confiscaciones de bienes también se prodigaron copiosamente. Las víctimas quemadas vivas o en efigie por la Santa Inquisición, martirizadas en sus prisiones o condenadas en alguna forma, quedaban infamadas y la infamia caía hasta la quinta generación.

Los indios, afables y confiados, fueron aniquilados en 20 años en las islas antillanas, de tal manera que la nueva población se hizo con españoles y negros. En el continente la población disminuyó en gran escala y sucumbieron moralmente los que sobrevivieron a la muerte material. Ya hemos visto cuán sabia era la legislación tolteca y los códigos de Nezahualcóyotl y Nezahualpilli y de la mayoría de los monarcas de Anáhuac. Las víctimas de los sacrificios a los dioses morían rápidamente pues estaba prohibido el tormento; ellas y sus descendientes, por varias generaciones, quedaban honrados. El homicidio y el suicidio eran excepcionales, así como el hurto y los vicios; sólo se permitía apurar pulque de 60 años en adelante, siendo castigados con severísimas penas aquellos que lo tomaban en demasía. Los indios (afirman los mismos conquistadores en sus relaciones) eran hombres honrados, sobrios y limpios, en grado superlativo. Los encomenderos y, en general, los señores y sus capataces, obligáronlos a robar para vivir, les prohibieron el bañarse, con el pretexto de que les dañaba, y los degeneraron prodigándoles pulque y alcohol para olvidar su triste condición. La organización traída por los españoles fue francamente feudal. Aún no llegaba la corriente purificadora del Renacimiento, que vivificó a España hasta el siglo xvii y que, hasta fines del siglo xviii, vino a América, despertando conciencias y encrespando voluntades, que iniciaron la emancipación de las colonias.

La organización de los gremios de la Nueva España y de las

colonias españolas en América podría haber creado un embrión de conciencia de clase, preparando a los explotados a la lucha contra sus explotadores, pero el fanatismo religioso abortó esa gestación, pues cada gremio tenía por patrón algún santo y las prédicas de los sacerdotes, exaltando el sentimiento religioso, hundieron a las masas en la pasividad, en la renunciación a sus derechos y en la resignación a su trágico destino. Los indios se tornaron fatalistas, melancólicos, desconfiados y huraños. Todavía estas características se manifiestan dolorosamente en sus tribus exentas de sangre criolla. Aprender a rezar, a sufrir y a soportar las tiranías de los encomenderos, hacendados y dueños de minas, cuya crueldad frecuentemente era sobrepasada por capataces, fue durante tres siglos la única cátedra de los aborígenes. Los alimenticios cereales traídos por los españoles, trigo y arroz, no estuvieron al alcance de los indios. Continuaron siendo bestias de carga, pues de los caballos sólo conocieron el golpe de sus cascos, abriéndoles el cráneo o destrozándoles el pecho, cuando los conquistadores, enarbolando la cruz, galopaban sobre las masas palpitantes.

Tampoco gozaron de abrigo, hecho con lanas de las ovejas, ni se nutrieron con la leche de los ganados, ni pudieron usar armas de fuego para su defensa, ni realizar negocios cuyas escrituras consignasen un precio mayor de cinco pesos. Sus miserables jornales se escamotearon, por medio de tributos a las cajas reales y limosnas a la iglesia. El testimonio de un solo blanco equivalía al de cinco individuos de color. Las castas, mestizos, negros, mulatos, y sus múltiples subdivisiones, estuvieron siempre infamadas, prohibiéndoseles usar alhajas y ropas de damas y caballeros. El dolor envolvió a estas castas tenazmente durante los tres siglos del virreinato. El bronce y el cobre del indio, desteñido en el mestizo, y el ébano de la raza negra, estuvieron perennemente constelados de sangre. Las puertas de las escuelas superiores, de las universidades, las manifestaciones científicas y artísticas, los teatros y diversiones culturales, jamás abrieron sus puertas para las castas infamadas ni para las masas indígenas.

Los partidarios del régimen colonial afirman que, en sus tres siglos, la paz derramó gran bienestar sobre los habitantes de la Nueva España. La paz, cuando no está basada en la equidad, es de sepulcro, y así fue en la Colonia. La aspiración hacia la inde-

pendencia y hacia una organización social menos inicua, estuvo siempre latente. Afirman algunos historiadores que el primer conspirador fue el mismo Hernán Cortés, quien intentó levantarse con estas tierras, aunque en una época de su vida en que ya no tenía las energías que en su juventud. Está probada la conspiración del marqués del Valle, hijo del conquistador, a quien costó prisión y envió a España; tortura del hijo de don Hernando y de la Malinche; ejecución de los hermanos Alonso y Gil González de Ávila y otras muchas víctimas del intento de hacer independiente a la colonia desde el año de 1566. En el siglo xvii, las conspiraciones del virrey, duque de Escalona, y del genial aventurero don Lombardo de Guzmán, comprueban la tendencia para separar a la Nueva España de su metrópoli. La conspiración encabezada por don Pedro de la Portilla, recaudador de rentas de la ciudad de México, en 1799, aduce nuevo argumento. La conspiración descubierta en septiembre de 1808, apoyada por el virrey Iturrigaray, en la que tomaron parte el licenciado Verdad y fray Melchor de Talamantes, acumula nuevas pruebas. La conspiración descubierta en septiembre de 1809, en Valladolid, encabezada por personas de cierta representación social, como el capitán García Obeso, Quevedo y Michelena y el sacerdote Ruiz de Chávez, y la encabezada por Hidalgo y Allende, un año después, demuestran la tendencia a la emancipación, apoyada hasta por virreyes y criollos. No solamente hubo conspiraciones, sino insurrecciones violentas, que estallaron impulsadas por la desesperación de las masas explotadas. Hubo tribus que de generación en generación permanecieron rebeldes en selvas y serranías, prefiriendo la vida peligrosa de las fieras a la paz de la tiranía. Los negros, acaudillados por Yanga, en los bosques veracruzanos, y los indios en la Nueva Galicia, en distintas regiones de Oaxaca, en las minas de Topia y en varios lugares de la Nueva Vizcaya; en dos extremos de la Nueva España, en Nayarit, acaudillados por el indio Mariano, y en Yucatán, por el panadero Jacinto Canek, y los numerosos motines por hambre y malos tratos, como el acaecido en la ciudad de México, en 1697, comprueban plenamente que en la casi totalidad de la Nueva España, durante el prolongado periodo virreinal, no solamente los criollos se sublevaron, sino los mestizos, los indios y los negros. Las rebeliones se ahogaron en sangre, asesinándose y torturándose a millares de aborígenes.

Los historiadores y sociólogos reaccionarios afirman que la independencia era prematura y que el haberse consumado antes de que el pueblo mexicano estuviese en condiciones de gobernarse por sí mismo ha sido la causa de las continuas luchas fratricidas. Tal afirmación constituye un error. Jamás el pueblo mexicano habría adquirido una amplia cultura, porque no convenía a los gobiernos conquistadores que los pueblos coloniales salieran de la ignorancia, que es siempre aliada fiel de la explotación. La aspiración hacia la independencia estuvo siempre latente; pero a principios del siglo XIX concurrieron causas externas e internas que hubiera sido muy difícil reunir por segunda vez en la historia, para hacerla una realidad. El ejemplo dado por los Estados Unidos al emanciparse del yugo de Inglaterra. Las ideas libertarias propagadas por la Revolución francesa. La prisión de la familia real en Bayona, Francia, que hizo desaparecer la autoridad legal en España, gobernada por juntas que frecuentemente dictaban órdenes contradictorias, como las de Aranjuez, Oviedo y Cádiz, y por el usurpador del trono, José Bonaparte, destruyendo en los pueblos de América el terror que inspiraba la rebelión contra los reyes, representantes del derecho divino, constituyeron los orígenes exteriores de la emancipación de la América española. Las causas internas en la Nueva España fueron también de gran fuerza. Económicas, por el disgusto que causaba el que la mitad de los ingresos saliese de la colonia dejándose de realizar mejoras y servicios urgentes (caminos, escuelas, hospitales, etcétera). El pésimo estado de la agricultura, de la industria y del comercio, exclusivamente en provecho de los capitalistas iberos, de España y de la colonia. Políticas, por los altos puestos públicos exclusivamente en manos de españoles y algunos otros secundarios en poder de criollos españolizados, quedando las castas e indígenas fuera de toda participación. Sociales, porque existían diferencias y jerarquías humillantes como las que se han mencionado al tratar de las castas, contándose también la esclavitud de los negros, oficialmente decretada, y la esclavitud, hipócrita pero indiscutible, de los indios. Este conjunto determinó la explosión revolucionaria de 1810.

La guerra de independencia tuvo, desde el principio hasta el asesinato de Morelos, un carácter de lucha de clases, de rebelión agraria y de reivindicaciones sociales. Tierras e independencia.

Confiscación de las riquezas de la Nueva España, en manos de españoles y criollos españolizados, para repartirlas entre las masas laboriosas, destruyéndose las haciendas para crear la pequeña propiedad, en condiciones tales que todos los trabajadores se beneficiaran, fueron promesas de los primeros insurgentes. Los decretos expedidos por Morelos, y sus puntos dados para la Constitución de Apatzingán, constituyen gérmenes del agrarismo y de un intenso mejoramiento de los obreros, que actualmente son aspiraciones nacionales. Morelos ansiaba abolir el lujo y la miseria, la esclavitud y todo lo que a ella se pareciese, mejorando el jornal de los trabajadores de tal manera que los libertase de la miseria y de la ignorancia.

Desde 1816 la unidad revolucionaria, la lucha de clases y la rebeldía agraria perdieron sus caracteres hasta que Guerrero, heroico pero ingenuo, se entregó a Iturbide, quien realizó la independencia en favor de los españoles y de los criollos ricos, quedando las masas en peores condiciones que antes de la emancipación política, porque ni las protegía la Constitución de Cádiz, que otorgaba iguales derechos a españoles y colonos, puesta en vigor en el año de 1820 por la presión del pueblo español, ni las leyes de Indias que, al menos, consideraban a los aborígenes como menores de edad, previniendo la dotación de ejidos a los pueblos.

Postergados los insurgentes, explotadas más inicualemente que antes las masas productoras, para sostener la vida suntuosa y parasitaria de la corte de Agustín I, la protesta armada turbó el éxtasis de la camarilla imperial. El trono se transformó en patíbulo y la república derrocó al imperio.

No fue la circunstancia de que el pueblo mexicano no estaba apto para gobernarse la que originó las guerras civiles que han ensangrentado constantemente a la nación mexicana. En la colonia había un grupo respetable de hombres cultos, sabios y artistas, pensadores y políticos, capaces de gobernar. Era verdad que las masas eran incultas, pero en iguales condiciones se encontraba la nación española, pues la pequeña capa de privilegiados que había en la cima de la sociedad era insignificante en relación con las compactas muchedumbres de gañanes y artesanos, hundidos, como los indios, en la miseria, la ignorancia y la superstición. La causa verdadera de las guerras continuas es la lucha de clases, franca a veces, velada en ocasiones, pero real, dolorosa, implacable

siempre. Lucha de explotados contra explotadores: lucha del pueblo contra sus tiranos.

A raíz de la independencia de México estalló la primera guerra civil. El hambre, la desesperación, el engaño infame de que había sido víctima el pueblo al esperar que su condición económica sería menos dura que durante el coloniaje, fueron los orígenes de esta contienda.

La Junta Provisional asignó a Iturbide un sueldo de 120 000 pesos anuales y un millón de pesos de capital propio, regalándosele, además, un terreno de 20 leguas en cuadro en la provincia de Texas. Cuando se coronó emperador, con el nombre de Agustín I, el Congreso asignó para gastos de la Casa Real un millón y medio de pesos cada año. Tales opulencias insultaban la trágica miseria de las masas trabajadoras.

La lucha terminó con la Constitución federal de 1824 y un alivio, aunque pequeño, por el gobierno honesto y sobrio del presidente Guadalupe Victoria.

La reacción no se dio por vencida: las intrigas fueron constantes, ya con la conspiración del padre Arenas, ya con el plan de Montaña.

El general Vicente Guerrero, al tomar posesión de la presidencia de la república, para el segundo periodo constitucional, desgarró la ley, pero salvó la nación, amenazada por el intento de reconquista que poco después fue realidad con el desembarco del general Barradas al frente de un ejército en Tampico. Si el presidente legalmente electo, general Gómez Pedraza, hubiese tomado posesión del Ejecutivo de la república, quién sabe si México hubiera salvado su independencia amenazada por el partido español, al que Gómez Pedraza pertenecía; tal vez no hubiese obrado con la actividad y energía que caracterizaron a Guerrero, quien consumó, por medio de los generales Mier y Terán y Santa Anna, la derrota y alejamiento de las costas mexicanas del ejército reconquistador. Es lógico inferir que Gómez Pedraza, antiguo realista fuertemente vinculado a la clase explotadora, hubiese visto con lenidad el intento de reconquista, en cuyo caso la guerra habría continuado ensangrentando al país con un resultado dudoso, porque, aunque la masa popular se hubiese opuesto a volver al coloniaje, el partido español tenía todavía una enorme fuerza económica y política que hubiese hecho muy reñida la contienda.

El asesinato del general Guerrero es un exponente de la ferocidad reaccionaria. El general Bustamante, intensamente religioso y austero, no tuvo escrúpulos para traicionar y ofrecer la suma de 50 000 pesos al bandolero Francisco Picaluga para que entregase a uno de los hombres más heroicos de la guerra de independencia. En el proceso y en el acta levantada para testimoniar su fusilamiento, ni siquiera se le da el título de general, ganado en 11 años de lucha por la libertad de México; se le llama el faccioso Vicente Guerrero y se le acusa de crimen de lesa patria, sin explicar ni comprobar cuál fue ese crimen. Prosiguió la rebeldía del pueblo mexicano, vibrante de indignación, y renació la calma ante el derrocamiento de Bustamante y la promesa de que serían castigados los autores del asesinato de Guerrero.

Electo presidente, Santa Anna conspiró en su hacienda, Manga de Clavo, para precipitar la caída del partido liberal-federalista, substituyéndolo en el poder el reaccionario-centralista. Las iniciativas reformistas de Gómez Farías fueron ahogadas por el alarido de la compacta masa fanática, que clamaba por la religión y los fueros, llamando al precursor de la Reforma “Gómez Furias” y pidiendo su exterminio.

Santa Anna representó hábil y pérfidamente la comedia de la defensa de las tendencias reformistas; pero, arrancándose la máscara, pareció como lo que fue desde entonces, un traidor, al servicio del clero y de la clase privilegiada. El centralismo se implantó en México, entregando el poder al partido reaccionario. El asesinato de Guerrero no sólo quedó impune, sino que el principal responsable, general Bustamante, ocupó, en vez del cadalso, el sillón presidencial por ocho años, que asignaba la Constitución centralista.

Desde que los precursores de la reforma fueron desterrados y se acordó la impunidad del asesinato del general Guerrero y la explotación del pueblo por la clase privilegiada, se inició la provocación de la guerra de Texas, obligando a los laboriosos colonos de aquel vasto territorio a insurreccionarse de veras, desesperados por los continuos ultrajes y atentados de la soldadesca, lanzada por el grupo a quien convenía desviar la indignación y las energías del pueblo, esgrimiendo, para su domesticación, el peligro de una guerra en la que México perdiese una gran parte de su territorio.

También a los esclavistas del sur de los Estados Unidos les convenía provocar la segregación de Texas, a fin de anexarla más tarde a la Unión Americana y contar en el Senado con el voto de los representantes de Texas para continuar el infame sistema esclavista, visto con disgusto por los estados del norte, quienes tenían igual número de votos que los del sur en el Senado de la república [norte]americana. Las clases privilegiadas de México —aristocracia, clerecía y militarismo— se entendieron con los señores feudales, negreros, esclavistas, de los Estados Unidos, para fomentar la guerra de Texas.

Santa Anna, al frente de 6 000 hombres, invadió aquel territorio a principios de 1836, obteniendo algunos triunfos militares, cayendo prisionero poco después en las riberas del río San Jacinto, consumando una gran traición al reconocer la independencia de Texas, sin facultades para ello, con el pretexto de salvar su vida amenazada por encontrarse en poder del ejército enemigo.

La guerra de Texas no pudo sostenerse y la efervescencia de las masas laboriosas se manifestó con aspectos imponentes. Entonces se recurrió a la provocación de una nueva guerra, con Francia, en 1838, negándose en términos violentos el gobierno de México a pagar la suma de 600 000 pesos reclamada por el gobierno francés. Pudo y debió tratarse ese asunto con ánimo sereno. Es verdad que la reclamación era injustificada y la suma enorme en relación con los insignificantes perjuicios sufridos por súbditos franceses en disturbios civiles en México; pero es verdad también que pudo llegarse a un acuerdo, reduciéndose la cantidad exigida, obteniéndose condiciones ventajosas para su pago, lo que ni siquiera intentó hacerse. La prensa oficial declaró, enfáticamente, que antes pasarían las tropas francesas sobre los cadáveres de los ciudadanos mexicanos, y los escombros de nuestras ciudades, que reconocer ese crédito infame. El bloqueo de los puertos mexicanos y el bombardeo de Veracruz (en el que el general Santa Anna perdió una pierna, volviéndosele a considerar héroe, con enorme perjuicio para la nación), abatieron la altiva actitud del gobierno mexicano. La deuda fue reconocida y pagada, perdiéndose grandes sumas por la interrupción de las operaciones mercantiles, debido al prolongado bloqueo de nuestros puertos por la escuadra francesa.

La agitación popular continuó, particularmente en Yucatán y

Campeche, en donde los indios, explotados inicualemente por los blancos, iniciaron una sangrienta guerra de castas.

La invasión [norte]americana fue el epílogo del desorden, de la inmoralidad y de la miseria en que se debatió el pueblo mexicano. La anexión de Texas, decretada en 1845, fue a su vez el epílogo de la guerra de Texas. La invasión convenía también a los esclavistas negreros del sur de los Estados Unidos. La guerra internacional era vista con indiferencia por los magnates mexicanos, particularmente el clero. La prueba fue el levantamiento del general Mariano Paredes Arrillaga, quien al frente de 6 000 hombres fue a batir al ejército norteamericano, que se preparaba a pasar la frontera, comisionado por el austero presidente, general José Joaquín Herrera; pero en vez de cumplir su honrosa comisión, se sublevó contra el gobierno legal, hasta derrocarlo, regando de sangre el camino de San Luis Potosí a la capital de la república, con el intento de constituir una monarquía católica, ofreciendo el trono al infante don Enrique, de la familia real española. El proyecto era tan absurdo, que la mayoría de los católicos cesó de apoyarlo; pero el presidente legal había caído y la lucha fratricida abría a los invasores el camino hacia el corazón de la república.

Prueba también fue la negativa de la clase privilegiada para ayudar a la defensa nacional. El clero negó toda colaboración a este respecto, influenciando a los batallones polkos para sublevarse en la capital de la república contra el presidente Gómez Farías, porque le pidió contribución para sostener la guerra contra los invasores, amenazando con la confiscación si no se le proporcionaban elementos. Una vez más, al grito de religión y fueros, los elementos fanáticos ensangrentaron la capital de la república, en tanto que los invasores, desembarcando en Veracruz, avanzaban hacia el interior del país.

La traición de Santa Anna, vendiéndose a los invasores y a la reacción, está en el corazón del pueblo mexicano; no necesita comprobarse; palpita dolorosamente. La rivalidad entre los jefes del ejército nacional, por ambiciones económicas y vanidades militares, también vibra en medio de la indignación en la conciencia nacional. El resultado del egoísmo de la aristocracia, del clero y de los jefes militares, así como de la miseria, pésimo armamento y falta de transporte, provocaron derrotas continuas (todas las batallas se perdieron por el ejército mexicano, con excep-

ción de la librada en la Angostura, que, aunque ganada, no dio el fruto de la victoria) y la pérdida de más de la mitad del territorio nacional.

Las guerras de independencia, república contra el imperio, derrocamiento de Guerrero, sublevaciones por su asesinato, y contra Gómez Farías, en 1833, por iniciar reformas, fueron —como se ha comprobado— luchas de clases.

La guerra de Texas, prólogo de la tragedia de la invasión [norte]americana, tuvo perfectamente definido ese mismo carácter clasista: la aristocracia, el clero y el ejército la provocaron para desviar la desesperación de las masas, impidiendo la revolución y transformando en guerra extranjera la guerra civil, que lógicamente hubiera estallado, de no haberse efectuado la primera.

Las tropas, oficiales jóvenes; algunos coroneles: Gelati, Balderas, Xicotécatl; pocos generales: Nicolás Bravo, José María Anaya, Antonio de León; los cadetes de Chapultepec, constituyen la epopeya frente a la tragedia; representan a las masas populares, destrozadas y sangrantes por la codicia de la clase privilegiada durante la invasión [norte]americana.

Después de la mutilación del territorio nacional y cuando el pueblo mexicano convalecía de sus heridas, bajo los gobiernos de Arista y de Ceballos, la reacción, cada vez más intransigente, cada vez más páfida, impulsada por una ambición insaciable, volvió a traer a Santa Anna del destierro, apoyando una dictadura que, en poco más de dos años, succionó las últimas fuerzas de resistencia y de paciencia de las masas populares, sostenedora y sostenida de un ejército enorme para aquellas condiciones (60 000 hombres), convirtiendo la república en monarquía con el título de Alteza Serenísima, prodigado al traidor y dictador general Santa Anna, oprimiendo a las clases productoras con enormes y ridículos impuestos y llegando a la ignominia de vender al gobierno de los Estados Unidos el territorio de La Mesilla, al norte de la república, en 10 millones de pesos, que fueron distribuidos entre el alto clero y los políticos civiles y militares, quienes comparaban a Santa Anna con Washington y Bolívar.

La revolución de Ayutla también tiene un marcado carácter de lucha de clases. Por una parte, los parásitos explotadores: terratenientes, almacenistas, aristócratas y altos dignatarios de la Iglesia y del ejército. Por la otra, civiles transformados en militares

por lo apremiante de las circunstancias, modestos profesionistas, estudiantes, pequeños agricultores, peones y artesanos, empuñando el fusil para conquistar la liberación de las masas productoras. Después de breve lucha en que el pueblo armado venció al ejército pretoriano, tomó el poder el partido liberal, que elaboró la Constitución de 1857, con postulados palpitantes de idealidad, pero faltos de reglamentación y de aplicación prácticas. Este código se inspiró en las finalidades de la Revolución francesa. Los constituyentes, liberales exaltados, tuvieron una actitud romántica y generosa, pero carecieron de una doctrina emancipadora de los explotados, basada en la ciencia. Ésta es una utopía, porque la igualdad de derechos políticos no puede efectuarse cuando las condiciones económicas de los ciudadanos difieren. Los constituyentes de 1857 fueron liberales, pero no socialistas.

Los civiles y los militares de aquella época manejaron grandes caudales y murieron pobres. El oro que corrompe no amenguó su honestidad; los éxitos y los infortunios no alteraron su heroica impasibilidad. En esa Constitución alientan los gérmenes de futuras libertades. Las tendencias agraristas, expuestas brillantemente por don Ponciano Arriaga. La garantía de que ninguno estará obligado a trabajar sin recibir la justa remuneración de su esfuerzo. El derecho al producto íntegro del trabajo, sin usarse por aquellos hombres, entre los que había grandes economistas, las palabras jornal, salario o sueldo. La libertad de pensamiento, de palabra, de imprenta y de tránsito, para toda la república. El derecho del pueblo mexicano de armarse para defender las conquistas revolucionarias, transformadas en leyes. La abolición de la prisión por deudas, de la tortura y de las penas infamantes. La tendencia a la separación de la Iglesia y el Estado y a la supresión de fueros y privilegios. La educación laica, bajo una avanzada ideología, y otras muchas finalidades libertarias que se esterilizaron por la sangrienta y prolongada intervención francesa y más tarde por la opresora y monstruosa dictadura porfirista.

La lucha de clases continuó latente entre los defensores y los enemigos de la Constitución. El golpe de Estado de Comonfort, desconociendo esa Constitución, que era el justo orgullo de nuestro pueblo, originó la enconada y sangrienta guerra de Reforma, durante la que los postulados constitucionales se concretaron en su tendencia más revolucionaria, expidiéndose las Leyes de Re-

forma, cuyo cumplimiento encuentra grandes obstáculos aun en nuestros días. Precisa, sin embargo, afirmar que los reformistas cometieron error gravísimo al prohibir que todas las comunidades tuviesen bienes raíces, porque los ejidatarios fueron despojados de sus ejidos y grandes masas de indígenas quedaron en la miseria, por lo que el problema agrario se agudizó en vez de solucionarse. La esplendorosa epopeya de la Reforma, que libertaba al pueblo del régimen colonial, continuado a pesar de la independencia política de España, culminó con el triunfo de los rojos, chinacos o puros (así se llamaba a los liberales definidos y enérgicos), representativos de la clase oprimida, que se había rebelado y arrancaba el poder político a la clase opresora.

La intervención francesa comprueba el mismo carácter de lucha de clases. El imperialismo galo, iniciado desde 1854, con la aventura romántico-trágica del conde Râousset de Boulbon (quien soñándose un nuevo Hernán Cortés, al frente de 400 filibusteros, fue fusilado en Guaymas por el general Yañes), hirió al pueblo mexicano con el zarpazo de su codicia al apoyar el infame negocio del banquero suizo Jecker, quien interesó con el 30% al duque de Morny, medio hermano, favorito y ministro de Napoleón III, negocio que consistía en prestar 15 000 000 de pesos que el gobierno de Juárez se negó a reconocer, siendo una de las finalidades verdaderas de la intervención, y la principal, convertir a la República Mexicana en una semicolonias francesa, gobernada por Maximiliano de Habsburgo, servidor incondicional del emperador francés, con la mira de que México fuese la avanzada de aquel imperialismo en la América Latina. Por una parte, decíamos, el imperialismo galo y los traidores mexicanos, representativos de los eternos privilegiados, los señores feudales, grandes terratenientes, extranjeros enriquecidos, opulento clero y militares de profesión, servidores de la tiranía; parasitismo explotador en su conjunto. Por la otra parte, los republicanos, defensores heroicos de las clases productoras. Cinco años de lucha, 1 200 acciones de guerra, 73 000 republicanos, 12 000 traidores y 25 000 franceses muertos fueron el saldo de esa intervención formidable, de la que salieron victoriosas la república contra la monarquía y la justicia contra el crimen. El triunfo contra la intervención francesa tuvo repercusión internacional. El pueblo mexicano se salvó de adeudar 402 931 351 pesos —más de 2 000 millones

ahora, en relación con el poder adquisitivo de la moneda en aquella época— que el voraz imperialismo francés le habría exigido por indemnización de guerra. La fundación de la Primera Internacional en Londres, en 1865, porque varios gobiernos de Europa consideraron político no obstruccionarla, debido en parte a la guerra con México, en la que Francia, Austria, Bélgica y el Vaticano estaban interesados. La unificación de los Estados Unidos y la abolición de la esclavitud en esa nación, porque Napoleón III se proponía, después de triunfar en México, reforzar el ejército de los esclavistas del sur, poniendo parte de la marina francesa al servicio de ese régimen ignominioso. La caída del mismo Napoleón III por el desprestigio que le trajo el fracaso de la intervención en México y, en consecuencia, la transformación de ese imperio en república francesa. La Comuna de París —gobernando por vez primera en la historia del mundo los trabajadores armados—, cuyas enseñanzas aprovecharon los obreros soviéticos. La difusión de las ideas políticas emancipadoras, que influyeron en la unificación de Italia y Alemania. La solución del problema religioso en varios países de Europa, particularmente en Francia. Castelar, Victor Hugo, Garibaldi, Cavour, Mazzini, Combés, llamaron hermanos de ideales a Juárez y a sus colaboradores y glorificaron su obra.

Los gobiernos de Juárez y de Lerdo apoyaron a las clases populares, aunque interrumpidas constantemente sus labores por los cuartelazos reaccionarios. Juárez pacificó al país con esfuerzos inmensos, redujo el ejército, dio potente impulso a la educación pública, creando importantes planteles (preparatoria, comercio, artes y oficios para señoritas y varones), colocando al ilustre doctor Gabino Barreda como uno de los consejeros más honorables y cultos de la educación pública. La niñez y la juventud fueron libertadas de la clerecía; la ideología liberal fue la guía de la nueva educación. La escuela positivista, que produjo hombres eminentes, educó con fecunda prodigalidad a las generaciones de aquella época.

El gobierno de Lerdo se distinguió por su resistencia a la penetración económica del imperialismo norteamericano. “Entre la fuerza y la debilidad, el desierto”, repetía cuando se le pedían concesiones a favor de los magnates ferrocarrileros yanquis. Su finalidad era que las vías de comunicación se construyesen, de

preferencia, con capital mexicano y, en segundo término, con capitales europeos, no de una sola nación, para evitar su influencia económica, tras la que viene la influencia política. Lerdo siguió y extremó la política jacobina de Juárez. Las Leyes de Reforma tuvieron carácter constitucional, incorporándose a la Carta Magna de la república, y se cumplieron plenamente, contra la oposición y las calumnias de los fanáticos.

Es curioso anotar que Jecker, criminal usurero y traficante de la intervención francesa en México, murió fusilado por los trabajadores durante el movimiento de la Comuna de París, en 1871.

Durante la dictadura porfirista la lucha de clases se agudizó intensamente. Esa dictadura tuvo sólidos cimientos: primero, aumento fraudulento de la deuda extranjera y su consolidación en deuda nacional (sesión del Congreso, 22 de junio de 1885), aumentándose de 81 632 657.81 a 191 385 781.59 pesos, lo que produjo grandes ganancias al grupo dirigente del gobierno federal.

Segundo, destrucción de la democracia agraria. Las compañías deslindadoras de terrenos, integradas en su mayoría por extranjeros, recibieron 72 millones de hectáreas de magníficas tierras (la hectárea se vendía a siete, cinco y tres centavos, según su calidad), y con los bonos de la deuda consolidada se podían adquirir terrenos al 35% de su valor catastral. Los grandes latifundios, característicos del porfirismo, se formaron con la expropiación de innumerables pequeñas parcelas. Un millón, aproximadamente, de pequeños campesinos, quienes vivían humilde, pero libremente, del cultivo de sus tierras, fue condenado, con sus familias, a la esclavitud del peonaje, al arrebatárseles sus pequeñas propiedades, para integrar las enormes haciendas continuadoras del feudalismo. Toda resistencia a las órdenes del gobierno era quebrantada por la fuerza. En Papantla, Veracruz, 20 000 personas vivían del producto de sus parcelas. Cuerpos rurales, en combinación con tropas de la federación, asesinaron a cerca de 5 000 campesinos que se oponían al inicuo despojo; un corto número de familias aristócratas se apoderó de esa rica región. En el pueblo de Tomochic, Chihuahua, se provocaron deliberadamente desórdenes para tener pretexto de destruirlo. Los valientes montañeses de aquella región resistieron heroicamente el asalto de varios miles de soldados federales, hasta que, agobiados por el número, sucumbieron, prefiriendo su muerte y la de sus

familiares antes que caer en poder de sus enemigos. El pueblo de Tomochic fue incendiado por las tropas federales para ejemplo de campesinos reacios al cumplimiento de las órdenes del dictador.

La guerra del Yaqui tuvo por origen el inicuo despojo de tierras de los indios de aquella región, de las que se posesionaron varios magnates de Sonora. Los infelices yaquis eran vendidos a los hacendados de Yucatán, produciendo grandes rendimientos esas operaciones a los gobernantes de ambos estados. La guerra contra los mayas en Yucatán y la segregación de Quintana Roo también tuvieron por origen el apoyo a los terratenientes de aquellos lugares, reprimiéndose sanguinariamente toda resistencia.

Tercero, destrucción de la democracia industrial. Todo intento de huelga o de rebeldía a la explotación de los patrones de minas y fábricas era ahogado en sangre. En Cananea los barreteros mexicanos, realizando las faenas más peligrosas y fatigosas durante 12 horas, ganaban la mitad del jornal asignado a los extranjeros, por igual tiempo de trabajo. Organizaron una pacífica huelga y fueron tiroteados por los dirigentes de la compañía minera. Exasperados por la impotencia frente a las balas, quemaron un depósito de madera de dicha compañía. No había fuerzas militares en aquel mineral, y el principal accionista de la compañía minera, William Green, atravesó la frontera al frente de 300 soldados rurales yanquis, quienes asesinaron en masa a los mineros mexicanos. La violación al territorio nacional se hizo de acuerdo con el gobernador de Sonora, y éste, a su vez, tuvo la autorización del gobierno federal. Los intereses de la compañía [norte]americana se garantizaron con vidas y sangre de los trabajadores mexicanos. El general Díaz envió un fuerte contingente militar para sostener al gobierno de aquella entidad federativa (30 de junio de 1906). En Río Blanco los trabajadores pidieron una disminución de dos horas de la jornada diaria, prolongada hasta 14, y un aumento de jornal, de cinco centavos para las mujeres y niños, y de 10 centavos para los hombres. Toda mejoría para los trabajadores estaba severamente prohibida. Un agente provocador, bien retribuido por los industriales de aquella región, originó violencias que dieron pretexto al envío de una poderosa columna militar que tomó posesión durante la alta noche de las alturas de la fábrica. Al día siguiente se engañó a los obreros, asegurándoles que les serían concedidas sus peticiones. Y una gran masa,

comprendiéndose en ella mujeres y niños, entró para dedicarse a sus faenas. Los actos de provocación se repitieron por agentes de los propietarios de la fábrica y las tropas abrieron sus fuegos sobre la masa inerte, asesinándose hombres, mujeres y niños, *para escarmiento de obreros altaneros y rebeldes*. Sobre la sangre fresca se sirvió un *lunch champagne*, brindándose a la salud del héroe de la paz. Dos trenes repletos de cadáveres salieron, al atardecer, de Orizaba, y arrojaron al mar, unas horas después, su fúnebre cargamento (7 de enero de 1907). Las huelgas disueltas por matanzas, en Velardeña y otros lugares, repitieron la misma trágica historia. La dictadura garantizaba sin vacilar los intereses del capitalismo extranjero, sacrificando las vidas y el bienestar de millones de trabajadores mexicanos.

Cuarto, corrupción o aniquilamiento de los intelectuales, de los periodistas, de todos los pensadores (política de pan y palo), prodigándose el oro que soborna o la prisión y la muerte. Muchos jóvenes de elevada idealidad, de generoso corazón y de luminosa inteligencia, fueron arrastrados a la ignominia por el régimen porfirista. Los ímpetus viriles del pueblo mexicano, estoico, aguerrido, indomable, se destruían lenta y progresivamente. Se esgrimía como arma formidable la amenaza de la intervención [norte]americana en caso de una nueva revolución. Se exaltaba constantemente un mal entendido amor a la nacionalidad, haciéndose creer que se encontraba en peligro. La prensa, amordazada, sólo adulaba al dictador. Los periodistas de oposición eran torturados y asesinados. Ordóñez fue arrojado vivo a un horno candente, por haber censurado al gobernador del estado de Hidalgo. Olmos y Contreras, asesinados por igual delito contra el gobernador del estado de Puebla. Otros muchos pagaron con su vida, o sufriendo lo indecible en los calabozos de San Juan de Ulúa, el crimen de atreverse a decir la verdad sobre algunos actos de los gobiernos federal y de los estados. Aquella dictadura, sólida en sus cimientos, se petrificó como los ídolos siniestros de las antiguas religiones, ávidos de sacrificios y de sangre. Los hombres del poder se anquilosaron. La atrofia oficial era palpable, agravándose cada día. El postulado “renovarse o morir” condenaba a muerte a aquella dictadura, incapaz de la más insignificante renovación. En el apogeo del porfirismo desde 1906, un grupo de precursores combatió heroicamente esa dictadura. Dos

mártires se destacan gloriosamente: Ricardo Flores Magón, asesinado en una prisión yanqui, prefiriendo la muerte a la retracción de su doctrina, y Praxedis Guerrero, joven y rico, despreciando la opulencia para vivir como un obrero en los Estados Unidos, integrando la junta revolucionaria, muerto en Janos, Chihuahua, en los primeros combates contra el gobierno del general Díaz. Ambos, anarquistas, defensores inteligentes y cultos del proletariado. Otros compañeros suyos sufrieron prisiones y miserias en el extranjero y en las tinajas de San Juan de Ulúa. Enrique Flores Magón, Librado Rivera, Anselmo Figueroa, Juan Sarabia, Juan José Ríos, Esteban B. Calderón, Lázaro Gutiérrez de Lara, Antonio I. Villarreal, Manuel M. Diéguez y otros indomables paladines libertarios. Este periodo, romántico y glorioso, es poco conocido; no se menciona en los textos, pero posee inmensa trascendencia histórica.

La lucha de clases culminó en la gigantesca revolución de fines de 1910. Una vez más, la masa popular, integrada por trabajadores de las ciudades y de los campos, que sufrían y producían, se levantó contra el pequeño grupo oligárquico que se apoderaba de toda la riqueza nacional. El Partido Científico, compuesto de hombres inteligentes y cultos, pero exentos de generosidad, succionaba todas las energías y todo el bienestar del pueblo mexicano. (El gobierno de Juárez sólo debía 63 032 518 pesos, después de su victoria sobre la intervención francesa y el imperio. La dictadura porfirista, después de 35 años de *paz y prosperidad*, debía 576 000 000 de pesos. Deudas exteriores.) La Revolución de 1910 fue intensamente nacionalista. El pueblo se dio cuenta de que con el transcurso de unos cuantos lustros más, bajo la dictadura porfirista, la república mexicana se convertiría en una colonia extranjera. Los imperialismos inglés y estadounidense poseían una influencia política extraordinaria. Los españoles eran dueños de grandes fortunas, haciendas, fábricas, almacenes, y llegaban a México como a tierra de conquista, tratando a latigazos a los indios que los enriquecían. Todos los extranjeros recibían consideraciones y cortesías del gobierno porfirista. En cambio, para los mexicanos, con excepción de la aristocracia, sólo había hambre y miseria, y en caso de rebelión, prisiones y asesinatos. El centenario de la iniciación de la independencia nacional exasperó aun a los más resignados. En aquellas fiestas esplendorosas y

monárquicas, para el pueblo mexicano hambriento y harapiento (heredero de la gloriosa epopeya de la emancipación) no hubo ni humildes manjares, ni distracciones, ni siquiera sonrisas y flores. Se le cerraban las puertas del legendario bosque de Chapultepec y de las principales avenidas de la capital, efectuándose algo semejante en las más importantes ciudades de la república, en tanto que la aristocracia se embriagaba de champagne en espléndidos banquetes y asistía a soberbios espectáculos, evocadores de las cortes más altivas y suntuosas.

Un hombre, humilde por el corazón, magnate por la fortuna, Francisco I. Madero, reflejó la opinión pública, levantando a las masas contra aquella dictadura caduca y en plena descomposición y más por el sentir nacional que por combates (relativamente insignificantes), arrojaron al destierro al dictador, después de unos meses de lucha. Aquella dictadura, que se creía inconvencible, fue derrocada con una facilidad increíble. En la lucha de clases, los humildes, los despojados, los que todo lo producen y de todo carecen, vencieron al ejército federal que sostenía la dictadura áurea y deslumbradora, de la que gozaban los eternos privilegiados: el alto clero y la aristocracia integrada por políticos insaciables y altos jefes militares.

Los tratados de Ciudad Juárez constituyeron una contrarrevolución, porque dejaron a los tres poderes en manos enemigas. Las cámaras, la Suprema Corte de Justicia y el ejército porfirista subsistieron. El interinato presidencial del licenciado Francisco León de la Barra fue un sedante traidor en la lucha de clases, debilitando, hábilmente, las fuerzas revolucionarias. El gobierno de Madero, bien intencionado, con hombres honrados, exentos de ambiciones, fue, sin embargo, débil para con los enemigos y no pudo oponerse a la contrarrevolución que minaba la victoria revolucionaria. El Plan de San Luis Potosí, bandera del maderismo, que levantó a muchos peones de grandes haciendas, esclavos transfigurados en vengadores, siguiendo aquel emblema que prometía tierras a los pueblos, no se cumplió. La reacción explotó aquella situación, levantando masas de rebeldes en Chihuahua, aunque financiados sus jefes por el banco minero, baluarte económico de la aristocracia capitalista del norte del país. En el sur la revolución fue franca, altiva, generosa. Emiliano Zapata y su ejército de campesinos armados hicieron huir a los hacendados

en la región suriana, derramándose en oleadas imponentes en las selvas y serranías al grito estentóreo de ¡tierra y libertad! El maderismo, estrangulado entre el ejército pretoriano de Porfirio Díaz y los revolucionarios desilusionados, se desplomó trágicamente. El presidente Madero, el vicepresidente Pino Suárez y prominentes personalidades de aquel régimen fueron asesinados por Victoriano Huerta, el traidor, quien engañó a Madero y le usurpó la presidencia de la República, cimentando su poderío en medio de una orgía de lodo, de alcohol y de sangre. La lucha de clases renacía. La aristocracia, el clero y el militarismo, integraron a la privilegiada, que sostuvo la usurpación de Victoriano Huerta. Los campesinos, los obreros, los artesanos, los profesionistas y estudiantes pobres empuñaron las armas para derrocarlo. Año y medio después de formidables combates y de victorias resplandecientes, conquistadas por los civiles armados, sobre el ejército profesional, Victoriano Huerta huía al extranjero y aquel régimen criminal y siniestro caía estrepitosamente. En esta nueva faz de la lucha de clases, la oprimida venció a la opresora.

El capitalismo internacional, aparentemente vencido, acechaba el momento oportuno, que no tardó en llegar. De nuevo el clero, apoyado por la burguesía nacional y por los imperialismos criminales, dividió a los revolucionarios mexicanos en los momentos en que la imponente pujanza de la Revolución era indiscutible.

Venustiano Carranza, sostenido por las fuerzas constitucionales, formó un frente, exigiendo un periodo prolongado de régimen preconstitucional para efectuar las reformas revolucionarias que debían garantizar los nuevos derechos del pueblo.

Francisco Villa y Emiliano Zapata, sostenidos a su vez por fuertes contingentes armados, exigían el retorno al régimen constitucional, afirmando que las reformas podrían y deberían hacerse dentro de ese régimen, por modificaciones a la Carta Magna. Las más grandes y sangrientas batallas de la historia moderna mexicana se verificaron en aquel breve e intenso periodo (fines de 1914 a principios de 1915). La imponente División del Norte fue destruida. El general Obregón había marchado desde Sonora hasta la capital de la república, de victoria en victoria, sobre el usurpador Huerta. Realizó marcha triunfal en sentido contrario: de la capital de la república al estado de Sonora, sobre las fuerzas villistas.

El ejército de Zapata, que sostenía la revolución agraria en el sur (teniendo por bandera el Plan de Ayala, que prevenía el reparto de la tercera parte de los latifundios y la entrega de las tierras a todos los campesinos que las cultivaran con sus manos), fue detenido en aquella región, permaneciendo invencible en sus baluartes, abruptas montañas, pero sin poder difundirse en el centro y el norte de la república. La Revolución perdió su enorme fuerza, desangrada por tremendas campañas libradas en varios estados del país.

La revolución agraria combatió al feudalismo rural, pero el Plan de Ayala no consignó reivindicaciones obreras, ni lucha contra el capitalismo industrial, ni contra el imperialismo, lo que fue de graves consecuencias para el proletariado, que no se habría dividido, integrando los batallones rojos de obreros, sostenedores del carrancismo, si el expresado Plan de Ayala hubiese tomado en cuenta los problemas de los trabajadores de las fábricas. Por otra parte, si varios miles de estos trabajadores, armados en defensa del constitucionalismo, hubiesen tenido en cuenta las necesidades revolucionarias de los campesinos, exigiendo el reparto de tierras, firmándose compromisos serios con el gobierno constitucionalista en vez de vanas promesas, es muy probable que los esclavos del surco no hubiesen empuñado las armas contra sus hermanos obreros. El choque proletario se verificó por el antagonismo entre las ciudades y los campos, característico dentro del sistema capitalista, explotado pérfidamente por el feudalismo terrateniente, por el imperialismo yanqui, por la burguesía nacional.

La Revolución mexicana habría sido mucho más radical y definitiva; estaba sostenida por varios cientos de miles de trabajadores armados. Los gobiernos de los Estados Unidos y Europa tenían el enorme problema de la guerra mundial.

En el año de 1916 se elaboró la nueva Constitución política, proclamándose el 5 de febrero de 1917, debiendo entrar en vigencia el primero de mayo siguiente. Esta Constitución tiene algunos postulados de ideología revolucionaria, como la libertad municipal y la prohibición al clero para desempeñar las direcciones de planteles educativos, pero especialmente deben citarse, por su carácter de emancipación económica, los artículos 27 y 123 constitucionales. El 27, porque declara a la nación propietaria

originaria de todo su territorio, previendo el fraccionamiento de los grandes latifundios y prohibiendo a los extranjeros adquirir propiedades territoriales sin el requisito de renunciar a sus nacionalidades y a reclamaciones, y en ningún caso, en las zonas de 100 y 50 kilómetros de fronteras y costas.

Ese artículo, de hecho, nacionaliza las riquezas del suelo y del subsuelo y erige fortificaciones inexpugnables, desde el punto de vista legal, en fronteras y puertos, contra los voraces imperialismos. Reglamentado por un congreso fuertemente izquierdista, representaría una gran conquista revolucionaria. El 123 previene la jornada de ocho horas, las indemnizaciones por accidentes de trabajo y una participación moral y material de los trabajadores en las empresas capitalistas. Reglamentado en las condiciones expuestas, complementaría la conquista revolucionaria, pues el 27 garantizaría a los campesinos, y el 123 a los obreros, una relativa emancipación económica, libertándolos, si no en absoluto, sí en un grado considerable, de la explotación de hacendados y patrones.

El gobierno de Carranza no tomó en consideración el problema agrario ni las necesidades obreras. Los artículos 27 y 123 quedaron escritos, así como la ley de enero de 1915, que previene el reparto de las tierras a los pueblos. Fueron armas políticas, pero no actos revolucionarios. No se repartieron tierras a los campesinos, ni se mejoraron las condiciones de los obreros, sino en parte tan insignificante, que constituye excepción a la generalidad de esa política. Por otra parte, la educación pública fue restringida. La Constitución política previno la desaparición de esa secretaría, por lo que los planteles dependieron de diversas secretarías y departamentos, provocándose un estado educacional anárquico. Los maestros estaban en la miseria. Sus raquíuticos sueldos no eran pagados, debiéndoseles durante muchos meses. El asesinato de Zapata, perpetrado con todos los agravantes y por medio de una traición repugnante, por el coronel Jesús Guajardo, ascendido a general y premiado con \$50 000.00 por el gobierno de Carranza, restó prestigio a quien fue el primer jefe de la Revolución, olvidándose su gran merecimiento: principal justiciero contra Victoriano Huerta. La imposición del ingeniero Ignacio Bonillas para presidente de la república, que descaradamente se intentaba consumir, acabó con el prestigio de la política interior del presidente Carranza. En cambio, su política exterior fue digna de



admiración. Con heroica firmeza se negó a que el pueblo mexicano se mezclara en la carnicería de la guerra mundial. Ni el oro ni las amenazas de Wall Street quebrantaron su bronceada voluntad. Su altiva actitud frente al imperialismo estadounidense fue ejemplificadora. Su tendencia de unificación de los pueblos indoamericanos (doctrina Carranza) digna es de apoyo y realización. Muchos de los aspectos de su política internacional merecieron cálidos aplausos.

La lucha de clases volvió a presentarse en el escenario nacional. La privilegiada adulaba al gobernante menos revolucionario, al ingeniero Ignacio Bonillas, candidato a presidente de la república, sostenido por el partido civilista. Esa candidatura era impopular, porque la personalidad del candidato, débil e incolora, era desconocida por las masas. Frente al candidato civilista se erguía la recia silueta de Álvaro Obregón, potente y enérgica personalidad, que representaba las tendencias revolucionarias de las masas productoras. Del choque de esa lucha de clases sobrevino la catástrofe de Tlaxcalalongo. El general Obregón fue electo presidente constitucional. Su gobierno unificó a los elementos revolucionarios, terminándose el ciclo de escisión. Realizó, en parte, las aspiraciones de los revolucionarios agraristas surianos, llevando a la realidad la dotación y restitución de ejidos y el reparto de tierras entre los pueblos, mejorando las condiciones de los campesinos. La Secretaría de Educación Pública volvió a la vida. El personal y los sueldos de los educadores aumentaron extraordinariamente. Se edificaron numerosas escuelas rurales. La unificación revolucionaria, el reparto de tierras a los pueblos y la cultura indígena, gastándose en la educación, en un solo año, cantidad mayor que la invertida en esos presupuestos durante el siglo anterior, fueron actos revolucionarios del gobierno del general Obregón. Su personalidad se caracterizó por un vehemente anhelo de poder, quizás para realizar con amplitud todas sus aspiraciones. Los gobiernos contemporáneos han continuado la política obregonista. Las escuelas rurales se multiplicaron, la lucha contra el clero se intensificó, la resistencia al imperialismo estadounidense tuvo caracteres definidos. La obra revolucionaria culminó en los años de 1925 y 1926.

Los últimos acontecimientos comprueban la potencia del capitalismo internacional.

En estos días se discute cálidamente la Revolución mexicana. Unos afirman que vive triunfalmente y que ha sido éxito inmenso para el pueblo. Otros, que ha terminado, constituyendo rotundo fracaso por la corrupción de los hombres que la representan en el poder. La Revolución mexicana es de ideología y contextura pequeñoburguesas; pero al apoyarse en el proletariado, ha iniciado su organización y mejoramiento. La Revolución mexicana no ha fracasado; vive con una vida intensa, profunda, dolorosa y excelsa (me refiero a la ideología de las masas, no a la obra de los magnates). No hay que buscarla en el poder, que marca, ni en los palacios, ni en las suntuosidades. Sus representantes viven humildemente, fecundando los campos con su honrado trabajo. Son los campesinos; dejaron el arado por la carabina libertaria, para derrocar las dictaduras y usurpaciones; vuelven a sus sementeras, dejándola para empuñar el arado nuevamente. Hay que buscarla en las fábricas y en los talleres, de donde salieron miles de obreros que empuñaron rifles vengadores; han vuelto después de luchas sangrientas a esos talleres y a esas fábricas. Hay que admirarla en los cuarteles, entre las clases de tropa, integradas por ex campesinos, ex obreros y ex artesanos, ostentando mutilaciones y cicatrices gloriosas. Hay que palparla en algunos oficiales jóvenes que viven pobremente, compartiendo con sus subordinados las faenas militares. Hay que aclamarla en la juventud inquieta, rebelde, heroica, que realizó una revolución esmaltada con su cálida sangre, para la conquista de la autonomía universitaria, compartiendo estudiantes y profesores la dirección y la responsabilidad de sus planteles. Debe buscársela en los maestros, en los profesionistas, en los escritores, modestos, sencillos, austeros, incorruptibles, que la han defendido con las armas, con la pluma, con la palabra, tornando a sus labores y continuando su defensa, sacrificándose por su prestigio, sopor-tando humillaciones, injusticias, miserias.

La Revolución mexicana vive, pero en peligro; arrostra la intensa crisis, moral y económica, que en el mundo entero se está efectuando. Aquí, como en todos los otros países, la lucha de clases asume proporciones gigantescas. No es una lucha armada; es una lucha sorda, silenciosa, profunda, incesante y formidable. La delincuente fuerza capitalista, hipócrita y rutinaria, plena de contradicciones, choca con la nueva moral y la nueva conciencia de



las clases productoras. Es un deber orientar a la juventud, hoy más que nunca, alejándola de las aspiraciones hacia el privilegio, el abolengo y la insolencia del capitalismo, impulsándola hacia sus hermanos de clase, los trabajadores de ciudades y campos. Los estudiantes son campesinos y obreros también; fecundan las sementeras de la ciencia y forjan la nacionalidad en el yunque de la educación. Es un crimen empujarlos hacia el pasado, preparándoles vida estéril y muerte ignominiosa, arrollados por las multitudes proletarias, que lentamente ascienden al poder y que demolerán cuanto a su paso se oponga.

Un maestro revolucionario, en sus cátedras y conferencias, en la prensa y en sus libros, en todas sus actividades intelectuales, debe sostener que la Revolución mexicana vive y triunfa, a pesar de los revolucionarios que se han corrompido, a pesar de los traficantes que la explotan, a pesar de todas las claudicaciones y todas las traiciones.

La Revolución mexicana convirtió en leyes emancipadoras sus victorias contra la reacción, en los combates. La Revolución ha conquistado algo mucho más valioso: ha creado germen de conciencia de clase y organización proletaria (sindicatos y comunidades agrarias). El proletariado mexicano empieza a adquirir idea de su derecho, de su fuerza, de su misión histórica. Nada ni nadie podrá arrancársela. Esa conciencia, desarrollada, lo impulsará hacia su definitiva emancipación económica.

Los estudiantes de historia de México deben conocer nuestro movimiento obrero. Primeras sociedades ferrocarrileras y círculos obreros. Creación del Departamento del Trabajo. Fundaciones: Casa del Obrero Mundial, Confederación Regional Obrera Mexicana, Confederación General de Trabajadores, Confederación Sindical Unitaria, organización de partidos políticos obreros y campesinos, ligas de resistencia, huelgas importantes, congresos obreros. Funcionamiento de la Liga Nacional Campesina, comunidades agrarias, bancos ejidales, Juntas de Conciliación y Arbitraje, sociedades cooperativas. Los artículos más trascendentales de la Ley del Trabajo y, en general, las actuaciones culminantes de las luchas de clases productoras mexicanas.

En esta hora suprema la lucha de clases internacional se verifica, minuto a minuto, tenaz, implacablemente, disputándose la creación de un mundo nuevo.



La interpretación económica de la historia es el único medio para crear y desarrollar esa conciencia en los discípulos a quienes debe demostrarse que “la historia de la humanidad es la historia de una lucha de clases”.

Es deber nacional, ineludible, de los maestros verdaderamente revolucionarios, elaborar y fortalecer la conciencia de clase de los estudiantes mexicanos. Solamente adquiriéndola podrán realizar obra de nacionalismo revolucionario, presentando —con todos los trabajadores— un frente único socialista contra todos los imperialismos capitalistas, que oprimen, explotan y convierten en colonias a los pueblos libres.

La enseñanza de la historia, para obtener su finalidad educativa revolucionaria, debe efectuarse regida por la ética y la pedagogía proletarias, únicas eficientes y fecundas, capaces de constituir a la juventud intelectual en guía y compañera de las masas productoras.

México, D. F., 26 de noviembre de 1931



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS